

Jorge Martín Montoya Camacho y José Manuel Giménez Amaya. *Corporalidad, tecnología y deseo de salvación. Apuntes para una antropología de la vulnerabilidad*. Madrid: Dykinson, 2024, 158 pp. ISBN: 978-84-1070-076-5.

Siempre es un enriquecimiento para cualquier teólogo leer obras de corte transversal e interdisciplinar para poder expandir el conocimiento, que muchas veces cae en el peligro de hacerse unidimensional. De esta manera los profesores Montoya Camacho (Ingeniero industrial y doctor en filosofía) y Giménez Amaya (Médico, neurocientífico y filósofo), nos presentan este texto, que promete una profundización a través de distintos cristales de la reflexión sobre la antropología de la vulnerabilidad.

Lo obra muestra cómo la vulnerabilidad es una realidad humana ineludible, que la sociedad moderna trata de ocultar bajo las promesas de la tecnología y el progreso. Sin embargo, los autores nos invitan a no eliminar este aspecto humano ineludible, sino a comprenderlo; la falta de reflexión sobre el tema puede llevar al rechazo de los avances científicos, cayendo en una confusión. Por lo tanto, el libro propone una “antropología de la vulnerabilidad” como una vía para reconocer nuestra fragilidad sin caer en ilusiones tecnológicas ni en un rechazo irracional al progreso.

El texto toma como base el pensamiento de Alasdair MacIntyre, quien se preguntaba por qué es importante para la ética estudiar la vulnerabilidad y la discapacidad en el hombre. A esto él mismo responde que la vulnerabilidad humana es un elemento indispensable en su pensamiento ético. Para el ser humano su actuar está condicionado por su entorno social y biológico; a diferencia de los animales, es consciente de su situación vulnerable y puede reflexionar sobre la misma para poder proceder bajo la razón.

El texto está dividido en tres capítulos que tratan sobre la corporalidad, la tecnología y el deseo de salvación. Con estos tópicos se pretende llegar a una antropología de la vulnerabilidad que la integre a la reflexión del siglo XXI, la cual busca erradicar dicha nota, aparentemente innecesaria en el ser humano, a través de los avances tecnocientíficos.

Los autores proponen comprender la fragilidad humana no como una debilidad a superar, sino como un rasgo esencial de nuestra existencia. Esta perspectiva reconoce que la vulnerabilidad afecta tanto el cuerpo como la mente, influyendo

en la cultura, la libertad y la forma en que nos relacionamos con los demás. A diferencia de otras corrientes que minimizan la dimensión natural del ser humano, esta visión enfatiza la unidad entre cuerpo y espíritu, destacando cómo la vulnerabilidad nos permite reflexionar sobre el individualismo extremo, resaltando el valor de la comunidad y la interdependencia. Este enfoque permite dar sentido a experiencias como la enfermedad, el envejecimiento y la muerte, mostrando que compartir nuestra fragilidad nos acerca a los demás y nos ayuda a cultivar virtudes morales esenciales para la vida en sociedad.

Resumiendo, podemos decir que la antropología de la vulnerabilidad propuesta por los autores no solo aborda la fragilidad humana, sino también su capacidad de transformación cultural. En un mundo donde la tecnología redefine los límites del cuerpo y la libertad, es fundamental reflexionar sobre cómo estos cambios impactan la sociedad y sus valores compartidos. Las modificaciones en la condición humana no son solo una cuestión individual, sino influyen en la justicia y el bien común. Así, la reflexión antropológica debe considerar cómo el uso de la tecnología moldea nuestra existencia y exige una distribución ética de los recursos, evitando que el progreso desplace necesidades humanas fundamentales.

En el primer capítulo de la obra se plantea una reflexión profunda sobre la corporalidad humana, entendida como una realidad contingente que abarca tanto su dimensión biológica como espiritual. Esta vulnerabilidad, lejos de ser un mero obstáculo, es parte esencial de la existencia y debería ser integrada en la comprensión de la vida humana. En el contexto cultural actual, el cuerpo se ha convertido en un objeto de transformación sometido a criterios de optimización tecnológica. Se privilegia una visión instrumental que lo desvincula de su sentido trascendente, reduciendo su valor a la capacidad de satisfacer deseos individuales. Esta mentalidad, que los autores denominan *vitalismo metabólico*, considera la salud y el bienestar físico como fines últimos, desplazando otros aspectos de la existencia humana. Este enfoque deriva en un hedonismo que roza el culto al cuerpo, donde la satisfacción personal se convierte en un objetivo casi absoluto. Como en las sociedades distópicas descritas en la literatura, la tecnología juega un papel clave al reforzar este modelo de vida, minimizando el sufrimiento y ofreciendo una falsa promesa de control sobre la condición humana.

Los autores advierten que esta perspectiva oscurece la comprensión de la vulnerabilidad y del sentido de la salvación, al priorizar el placer y el rendimiento sobre la reflexión espiritual. Frente a esto, proponen una intencionalidad corpórea teleológica, donde la unidad entre biología y espíritu no solo da sentido a la vida

humana, sino que orienta sus acciones hacia fines que van más allá de lo inmediato y material.

El segundo capítulo de la obra profundiza en la relación entre la técnica y la condición humana, destacando cómo su evolución ha llevado a una transformación profunda de la vida social y personal. Desde sus orígenes, la técnica ha sido un recurso humano fundamental, permitiendo mejorar las condiciones de vida. Sin embargo, en la modernidad, su sentido original parece haberse desviado, dando paso a un uso deshumanizante de la tecnología, donde el poder y el dominio sobre la naturaleza y el propio cuerpo se han convertido en objetos primordiales. La tecnología, al avanzar con rapidez, ha cambiado radicalmente la manera en que las personas interactúan y perciben la realidad. Se ha convertido en un elemento que modela la cultura y la vida cotidiana, pero también en un factor que puede alejar al ser humano de su esencia. Esta desvinculación se debe, en parte, al creciente deseo de bienestar individual, que ha convertido la tecnificación en una especie de “nueva naturaleza” que altera la percepción del sentido vital y la relación entre cuerpo y espíritu.

En una analogía con la obra de J.R.R. Tolkien, los autores identifican tres riesgos fundamentales desde el aspecto antropológico: 1) La desconexión entre tecnología y naturaleza; 2) El uso de la tecnología como instrumento de poder sin control ético; 3) La forma en que la tecnología enfrenta la muerte, ya sea negándola o tratando de evitar sus efectos. Estos factores han contribuido a la desnaturalización de la técnica, volviéndola un medio subordinado a intereses que pueden deshumanizar al individuo y su cultura. Por ello, los autores advierten sobre la necesidad de recuperar una visión más antropológica de la técnica, que integre su dimensión ética y humanizadora, evitando que se convierta en una fuerza alienante que transforme la existencia sin una reflexión profunda sobre sus consecuencias.

El tercer capítulo se centra en el deseo de salvación como una necesidad intrínseca del ser humano, vinculada a su corporalidad y a su dimensión espiritual. La vulnerabilidad física y emocional de la persona genera un anhelo natural de trascendencia, que históricamente ha sido comprendido dentro de una visión integradora de la existencia. Sin embargo, en la modernidad, este deseo ha sido relegado debido a una crisis de sentido que ha separado la experiencia humana de la salvación del contexto filosófico y teológico que le daba coherencia. Esta crisis se debe, en parte, al predominio de una racionalidad reduccionista que intenta explicar la existencia con criterios puramente científicos o emocionales.

Como resultado, la búsqueda de trascendencia ha quedado oscurecida, provocando un vacío en la comprensión del sentido de la vida y de la muerte.

Para abordar esta problemática, los autores recurren a diversas propuestas filosóficas. En primer lugar, Hans Urs von Balthasar plantea que la relación entre Dios y el ser humano puede entenderse desde la experiencia del amor, especialmente en el vínculo maternofilial. A través de esta relación la persona descubre su capacidad para trascender lo inmediato y abrirse a una dimensión mayor de existencia. En segundo lugar, siguiendo el pensamiento de Robert Spaemann, se propone una visión clásica de la naturaleza humana, en la que el ser humano no es solo materia, pero tampoco una entidad puramente idealista. Su existencia está marcada por una apertura a lo trascendente lo que le permite ir más allá de los límites impuestos por el materialismo contemporáneo. Por último, Alasdair MacIntyre aporta su ética de la dependencia, donde la “justa generosidad” surge del reconocimiento de nuestra fragilidad compartida. La vulnerabilidad corporal no solo nos hace conscientes de nuestra necesidad de los demás, sino que también nos permite recuperar un sentido de comunidad y solidaridad. En definitiva, los autores abogan por recuperar el deseo de salvación a través de una antropología de la vulnerabilidad, que integre la corporeidad, la ética y la trascendencia en una visión unificada del ser humano y su destino.

La obra ofrece una aportación novedosa dentro del pensamiento antropológico y teológico contemporáneo. Su mayor acierto radica en el hecho de que introduce la vulnerabilidad como un eje central en la reflexión sobre el ser humano, algo que, a pesar de ser una realidad ineludible, ha sido sistemáticamente ocultado o minimizado en el discurso tecnocientífico moderno. Al proponer una antropología de la vulnerabilidad, los autores nos ofrecen un marco que integra el deseo de salvación como un aspecto fundamental de la existencia humana.

Desde el inicio, el libro se presenta como un conjunto de “apuntes” para una antropología de la vulnerabilidad, lo que indica su carácter introductorio y su intención de abrir el debate sobre un tema poco explorado en la teología desde el paradigma contemporáneo de la tecnología y su impacto en la humanidad. Esta aproximación resulta especialmente valiosa porque permite vincular cuestiones clásicas de la antropología filosófica y teológica con desafíos actuales, como el transhumanismo y el posthumanismo. Uno de los puntos centrales del debate contemporáneo sobre la vulnerabilidad humana en estos movimientos sostiene que la biología humana es obsoleta y que debe ser mejorada o incluso sustituida mediante la tecnología. Este enfoque plantea una ruptura con la concepción clásica

del ser humano, en la que el cuerpo no es un simple soporte de la mente, sino una parte esencial de la identidad y la experiencia humana. Al considerar la vulnerabilidad como un problema a erradicar, estas corrientes minimizan el valor existencial del sufrimiento, la dependencia y la mortalidad, aspectos que han sido fundamentales en la construcción de la ética, la cultura y la espiritualidad a lo largo de la historia, en los cuales se pudo haber profundizado más a lo largo de la obra.

A pesar de esto, la propuesta de una antropología de la vulnerabilidad que presentan los autores resulta crucial, ya que ofrece una alternativa que reconoce la fragilidad como parte esencial de la condición humana. Frente a la promesa de una humanidad post-biológica, la obra reafirma la unidad entre cuerpo y espíritu y la necesidad de integrar la vulnerabilidad en la comprensión de la existencia. Aunque una crítica más explícita a las corrientes que buscan la disociación entre mente y cuerpo habría fortalecido aún más la argumentación del libro. Es fundamental analizar las consecuencias de este intento de “mejora” del ser humano, pues si la tecnología se convierte en el único criterio de evolución, se corre el riesgo de deshumanizar la propia existencia, reduciendo al ser humano a un ente puramente funcional en lugar de una realidad compleja y trascendente.

Jorge Ricardo González López
Universidad Pontificia de Salamanca